

# Somos nosotros, somos gobierno

*Experiencia de movimientos sociales en Bolivia*

María Virginia Quiroga  
Universidad Nacional de Córdoba

## Abstract

The emergence of social movements in the public arena has to do with neoliberalism's negative consequences. Different actors with different interests worked together against the system, which became their "common antagonist." On the one hand, after years of autonomous organization, these social movements won social recognition and increased their power. On the other, political parties and trade unions lost legitimacy. In December 2005, a faction of the Bolivian social movements won the general elections, and Evo Morales (the cocalero movement's leader) became the first Aymara president in Bolivian history. How to manage this government is one of the major challenges that social movements confront in today's Bolivia.

### *Keywords*

*Collective Social Action, Constituent Assembly, "Hegemonic Atrophy", Movement to Socialism (MAS), Social Movements, Bolivia's New Constitution, Populist Logic*

### Resumen

La emergencia de movimientos sociales en la esfera pública está ligada a las consecuencias negativas del neoliberalismo. Actores sociales provenientes de distintos sectores y con intereses distintos unieron fuerzas contra un sistema que se convirtió en el “antagonista común”. Después de años de organización autónoma, estos movimientos lograron reconocimiento político e incrementaron su poder de gestión, mientras los partidos políticos y los sindicatos perdían legitimidad. En diciembre 2005 una facción de los movimientos sociales ganó las elecciones generales y Evo Morales (líder del movimiento cocalero) se convirtió en el primer Presidente aymara de la historia de Bolivia. Cómo gestionar este gobierno constituye hoy día uno de los mayores retos que enfrentan los movimientos sociales.

#### *Palabras claves*

*Acción Social Colectiva, Asamblea Constituyente, “Atrofia Hegemónica”, Lógica Populista, Movimiento al Socialismo (MAS), Movimientos Sociales, Nueva Constitución Política del Estado*

A fines del siglo XX y principios del XXI, la acción colectiva en América Latina adquirió una naturaleza más sociopolítica puesto que irrumpió en el espacio de la política institucional y disputó al gobierno neoliberal la prerrogativa de decidir. Es decir, replanteó y cuestionó “cierto orden establecido en las esferas del poder político, coto exclusivo de los partidos”, haciendo “más explícita la correlación entre acción social colectiva y sistemas políticos” (Mirza 43).

Tal como expresa Franklin Ramírez Gallegos, los movimientos contribuyeron a generar un recambio de cuadros “más plebeyos y populares” (34). Aportaron al aparato gubernamental un conjunto de dirigentes sociales, militantes y técnicos provenientes de sectores sociales desfavorecidos y marcados por su extracción de clase o por su

etnia y color de piel. Tras sus primeras experiencias, fueron redefiniendo sus formas organizativas y planteamientos políticos; a la vez que ganaron reconocimiento social poniendo de manifiesto la pérdida de legitimidad del sistema de partidos. La creciente movilización social comenzó a dar batalla en un terreno reservado exclusivamente a las élites tradicionales: el congreso y el ejecutivo. Primero ganaron la calle y la plaza pública para mostrar su desacuerdo con esas formas de ejercer el poder y luego se desplazaron a los sitios de gobierno. En otras palabras, se fue desintegrando la idea de un espacio único de constitución de la política: “estamos asistiendo a una politización mucho más radical que nada que hayamos conocido en el pasado porque ella tiende a disolver la separación entre lo público y lo privado en términos de proliferación de espacios políticos radicalmente nuevos y diversos” (Laclau y Mouffe 227).

Manuel Garretón en sus escritos también se ha detenido en la relación poder estatal-nuevos movimientos sociales en el contexto latinoamericano. Sostiene que en un escenario caracterizado por la hegemonía del neoliberalismo en términos de paradigma económico, ideológico y cultural, el mapa de conflictos sociales varió en su configuración. La emergencia de los movimientos sociales se relacionó al desmantelamiento de una matriz estado-céntrica que garantizaba ciertas protecciones y el protagonismo de la clase obrera (Garretón 21). En el presente artículo pretendemos contribuir a la comprensión de los movimientos sociales como protagonistas de la conflictividad y el cambio social, elementos centrales en la caracterización de las nuevas relaciones sociales.

Nos circunscribimos aquí al caso de las organizaciones indígena-campesinas bolivianas que se diferenciaron rápidamente de otras experiencias en América Latina porque se constituyeron en instrumento político para participar en contiendas electorales, obteniendo escaños y más tarde la presidencia del país. Es decir, trascendieron la organización horizontal para transformar el movimiento en un instrumento para la toma del poder. De esta manera, se integraron a la política oficial con un instrumento político propio y no como socio subalterno de un partido establecido.

Tenemos particular interés en mostrar cómo se ha configurado y redefinido la relación movimientos sociales-Estado desde la ola de protestas iniciadas el año 2000 hasta la instauración del gobierno de Evo Morales. Destacamos, en primer lugar, la existencia de un fuerte

antagonismo con el neoliberalismo. Los movimientos resisten sus consecuencias negativas, construyen cadenas de equivalencia y se organizan. Tras varias dislocaciones, logran afianzarse y llegan al Palacio Quemado. Se trata, para algunos, del gobierno de los movimientos sociales, para otros, del momento de pérdida de su centralidad y protagonismo.

Para analizar estos cambios en el ciclo de la acción colectiva boliviana intentaremos reconocer aquellos factores del contexto y de la propia constitución interna de estos movimientos que favorecieron u obstaculizaron su participación en el espacio público. De esta manera, contemplamos dos aspectos necesarios para el análisis de casos específicos: condiciones estructurales (propicias para la construcción de un proyecto hegemónico viable) y prácticas subjetivas (del movimiento en sí mismo).

### Antagonismo y dislocaciones

La implementación de políticas neoliberales con efectos regresivos y la pérdida de legitimidad de los partidos políticos condujeron a que la sociedad civil se organizara por vías diferentes y reivindicara su autonomía en reacción a la omnipresencia del Estado y de las instituciones sociopolíticas que regularon la vida democrática durante años (sindicatos, corporaciones empresariales, partidos políticos). Los diferentes movimientos priorizaron su antagonismo con el neoliberalismo antes que sus reivindicaciones particulares. Reconocieron la necesidad de articulación para hacer frente a un enemigo común que mal usaba o abusaba de la política representativa. Podríamos decir que operó la lógica de la equivalencia y que los actores colectivos se articularon en torno a la búsqueda de respuesta a las demandas que el gobierno neoliberal negaba u omitía.

Aquí necesitamos reparar en la ambigüedad del término “demanda”, que según Ernesto Laclau puede constituirse como “petición” o “reclamo”. Si la demanda es satisfecha, allí concluye el problema, pero si no lo es, la gente puede comenzar a percibir que otros tienen otras demandas igualmente insatisfechas. En otras palabras, si esta demanda trasciende los mecanismos institucionales, es decir va más

allá de la ecuación “demanda”, que implica dirigirse a las autoridades que tienen en sus manos el poder para satisfacerla, la insatisfacción abonará la emergencia de un sentido de “frustración múltiple [que] disparará lógicas sociales de un tipo completamente diferente” (Laclau 2005, 37). Si además permanece igual por un tiempo, habrá una acumulación de demandas insatisfechas y una creciente incapacidad del sistema para absorberlas de un modo diferencial (cada una de manera separada a la otra) y esto establecerá entre ellas una relación equivalencial por la cual las diferentes demandas serán equivalentes en relación a aquello que las niega: la institucionalidad que no hace lugar o no responde a la demanda.

Una cadena particular de equivalencia representará la exclusión de un cierto exterior constitutivo. Por un lado, está el campo de la institucionalidad excluyente, el lugar del poder (el neoliberalismo que no asumía el conflicto, lo dejaba al margen o resolvía demandas concretas a través de políticas focalizadas); por el otro, el lugar de los excluidos, los desamparados, los que no obtienen respuesta, los que no son parte, y que Laclau resume en la idea de “los de abajo”.

En América Latina la hegemonía del neoliberalismo fue puesta en cuestión mediante la intervención política de sectores subalternos. En Bolivia, emergieron luchas en un escenario de reivindicaciones cada vez más abarcador: desde las movilizaciones por el agua y el gas (esta última provocó la huida del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada) hasta las masivas manifestaciones que pretendieron evitar que el poder recayera nuevamente en las fuerzas políticas tradicionales tras la renuncia de Carlos Mesa. Este ciclo de construcción equivalencial se produjo contra los efectos de la implementación de la política económica neoliberal a partir de 1985 y el decreto supremo 21060, y expresó la particular amalgama de las luchas indígenas y nacional-populares presentes en los últimos dos siglos: la insurrección anticolonial de 1781 y los logros de la revolución nacional-popular de 1952.

Los sucesos de la guerra del agua en el año 2000 y la guerra del gas en el 2003 pusieron de manifiesto un núcleo fuerte de demandas que sostenía la movilización social ya consolidada en el último período: imponer el control soberano de los recursos naturales, convocar a una Asamblea Constituyente y dismantelar la estructura colonial del Estado nacional. Estas situaciones implicaron momentos que podemos considerar dislocaciones de un cierto orden; lo que supone la necesidad de nuevas formas de identificación que puedan dar sentido y coherencia

a la experiencia cotidiana. Pero este nuevo orden no tiene un contenido *a priori*, es resultado de una lucha hegemónica (Barros 2002, 183). A partir de estas dislocaciones, la centralidad de los movimientos resultó cada vez mayor. Conformaron un poder alternativo al Estado, poniendo en evidencia la existencia de una crisis del sistema de partidos como mecanismo de representación y mediación. Y enfrentaron a un Estado que no hacía eco de sus demandas y reaccionaba criminalizando y estigmatizando la protesta social.

Una estructura dislocada es una estructura abierta en la que la crisis puede resolverse en distintos sentidos; es estricta posibilidad. La rearticulación estructural será una rearticulación eminentemente política. Por ello remarcamos que la dislocación puede desenvolverse a través de prácticas articularias de equivalencia, claves para una operación hegemónica que permitiese la creación de instrumentos políticos nuevos relativamente estables, pero también existe la posibilidad de que prime la lógica de la diferencia, y en ese caso no habrá confluencia y las demandas serán absorbidas una a una por la administración de los conflictos.

Comencemos por la primera de estas opciones: la equivalencia de distintos grupos que tienen reivindicaciones particulares diferentes pero que coinciden en la fuerte oposición a un modelo que de una forma u otra les trajo consecuencias negativas. En *Hegemonía y estrategia socialista*, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe remarcan la necesidad de crear una cadena de equivalencias entre las varias luchas democráticas y en contra de las distintas formas de subordinación: las luchas contra el sexismo, el racismo, los medioambientalistas, necesitan articularse con las luchas de los trabajadores en un nuevo proyecto hegemónico de la izquierda capaz de expandir las cadenas de equivalencias. En Bolivia las reivindicaciones de los pueblos originarios por el respeto a sus derechos tras siglos de olvido se enlazaron con la defensa de los recursos naturales saqueados por las malas administraciones locales y la voracidad del poder imperial. En un momento determinado estas demandas lograron representar más que la cuestión étnica y se articularon en discursos más amplios capaces de abarcar a múltiples sujetos y antagonismos.

La defensa de la coca, de los recursos naturales como el agua y el gas, realzó sentimientos nacionalistas y se configuraron como superficies de inscripción de otras demandas. Se aludía a la lucha por la liberación nacional, a la reivindicación de la territorialidad en el sentido que le

otorgan los movimientos socio-territoriales latinoamericanos. En esta línea, el territorio no es sólo el espacio de asentamiento sino que también abarca al medio ambiente, los recursos naturales, las costumbres e identidades culturales, y el derecho a ser diferentes en el marco homogeneizante de la globalización.

La formación de un “instrumento político” en Bolivia implicó la confluencia de una confederación de organizaciones campesinas, indígenas y sindicales que apuntaba a garantizar sus conquistas sociales a través de la presencia institucional y la capacidad de articulación hegemónica en el ámbito nacional. De esta manera, “emergió un nuevo movimiento, mezcla de izquierda rural y urbana, sindicalismo y etnia, capaz de organizar el discurso antineoliberal y antiimperialista e incorporar una visión étnica cultural andina que interpela a otros sectores empobrecidos y marginados de la sociedad boliviana” (Stefanoni 2003, 158).<sup>1</sup> A fin de mantener una articulación de las demandas, se descartaron las visiones más extremas de construcción de un “Estado indio” y se buscó la amalgama con sectores medios urbanos a través de la inclusión de Álvaro García Linera como candidato a vicepresidente. La alianza Evo-Alvaro podría pensarse en términos de la convergencia entre los campesinos y la pequeña burguesía urbana, entre identidad cultural y formación intelectual.

Enfatizamos entonces que este proceso por el cual una particularidad asume la función de representación universal, es lo que Laclau llama hegemonía. En esta situación una demanda particular adquiere una extensión mayor y pasa a simbolizar algo que va más allá de ella, subvirtiendo la literalidad del conflicto que había desatado la resistencia.

Según Villarroel Nikitenko (162) “una de las constantes de la vida política boliviana ha sido su gran debilidad institucional y su pésimo desempeño en cuanto se refiere a lograr mecanismos que permitan encauzar las demandas de la sociedad civil al estado”. René Zavaleta Mercado ya se refería a la incapacidad del sistema político boliviano para absorber demandas, aludiendo a la “atrofia hegemónica” de las élites gobernantes que habían fracasado en instaurar un proyecto de país capaz

---

<sup>1</sup> La sigla de este movimiento refiere al nombre completo del partido recién formado: Movimiento al Socialismo - Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (MAS-APSP).

de reconocer la legitimidad de las demandas de los colectivos organizados.

En este sentido, Mirza anota que en un sistema menos institucionalizado y firme hay más lugar para la acción colectiva (el gobierno en Bolivia era fuertemente cuestionado, débil, sin capacidad de responder a las demandas, y con resquebrajamiento de las coaliciones internas). En cambio, si el sistema es más institucionalizado, incorpora la demanda en forma sistemática y legitimada. Entonces parecería que mientras menor capacidad tiene el sistema para absorber y resolver las demandas institucionalmente, más lugar queda para los movimientos sociales que buscan la resolución por otras vías (en términos de los teóricos norteamericanos de la acción colectiva, aumentaría la oportunidad política). Además, cuanto más particularizada es una demanda más fácil resulta satisfacerla e integrarla al sistema; mientras que si es equivalente a una variedad de otras demandas, ninguna victoria parcial será considerada más que un episodio en una prolongada guerra de posiciones (Laclau 2000, 225).

En Bolivia encontraríamos un sistema menos institucionalizado que deja demandas insatisfechas, que pretendió resolver el problema de la coca militarizando las zonas de cultivo, intentando su reemplazo por producciones alternativas poco rentables y estigmatizando a los productores como narcotraficantes. De esta manera, fue emergiendo cierta solidaridad entre demandas insatisfechas, a la vez que el escenario boliviano evidenció fuertes quiebres y dislocaciones que marcarían puntos de crisis institucional y notorio desarrollo de los movimientos sociales.

### ¿Hacia una lógica de intervención populista?

Hemos expresado que las demandas particulares y aisladas de los sectores subalternos encuentran una limitación en cuanto a la profundidad de sus cuestionamientos si no alcanzan a implementar lógicas de intervención que enlacen múltiples demandas. Así, los movimientos sociales necesitan de un proceso de articulación bajo una lógica de intervención que permita superar las demandas particulares, es



decir que siempre representen algo más que su mera identidad particularista (Laclau 2000, 63). Los movimientos sociales se erigen sobre un punto particular de antagonismo (género, trabajo, feminismo, ambiente) y ponen en cuestión una parte de la estructuración social pero no su totalidad. Esto depende de la construcción de estructuras equivalenciales con otros nudos de antagonismo para ganar fuerza social, depende de si logran o no articularse en una lógica más amplia del conflicto, en una lógica populista.

*[La lógica populista] es una forma de articulación de lo político que actúa según la lógica de la equivalencia: es decir, cuando hay un conjunto de demandas específicas que se oponen a algo que las niega. Así se crea entre ellas una pertenencia mutua y eso constituye en forma incipiente un cierto pueblo (Laclau 2005b, 32-33).*

Cabría entonces preguntarnos si en Bolivia, tras las elecciones de diciembre de 2005, se puede hablar de configuraciones populistas y si esta situación cambió o no en las últimas elecciones presidenciales de diciembre de 2009. Partamos considerando que no cualquier mención o interpelación al pueblo hace a un discurso populista. Sólo aquel discurso que radicalmente haga visible lo que no era visible será populista (Barros 2006, 71). El populismo es así un momento de la política caracterizado por la inclusión de demandas que previamente no existían como tales. El discurso que consiga funcionar como punto nodal de la articulación de estas ahora-demandas será un discurso populista.

Tras el creciente proceso de movilización social (lucha por evitar la erradicación de la coca, la guerra del agua, la guerra del gas), los movimientos sociales bolivianos siguieron presentes, demandando fuertemente el llamado a una Asamblea Constituyente con vistas a la sanción de una nueva constitución. La demanda trascendió su carácter de solicitud y también contuvo esa idea de reivindicación o imposición a la que nos referíamos en párrafos anteriores. Ya no se trató, por tanto, de una demanda exclusivamente dirigida a las autoridades instituidas, sino que apeló a la capacidad de los propios movimientos sociales para generar respuestas por sí mismos. Para ello se dieron una estrategia política y se presentaron a elecciones bajo la sigla electoral del Movimiento Al Socialismo (MAS).

El pueblo es algo menos que la totalidad, es un componente parcial que aspira a ser concebido como la única totalidad legítima, una *plebs* que reclama ser el *populus* legítimo (Laclau 2005a, 107-108). En el trasfondo de ello hay una demanda social insatisfecha por un poder insensible a ella: “La *plebs* quiere ser *populus* porque los responsables de esta situación no pueden ser parte legítima de la comunidad, la brecha con ellos es insalvable” (113). Así, quienes han sido víctimas de 500 años de sujeción (los pueblos originarios), en amalgama con otros sectores que también han sufrido los efectos lesivos del neoliberalismo (clases medias urbanas, campesinos, etc.) enfrentan hoy, desde la posición de gobierno, a la oligarquía empresarial local y transnacional, que muchas veces confunde sus expresiones con las demandas autonomistas del oriente boliviano.

Hay un pueblo sencillo y trabajador en defensa del territorio y la soberanía que traza su frontera con los sectores dominantes, que si bien no están hoy en el gobierno, aún concentran poder. La brecha entre ellos es ciertamente insalvable. Recordemos que tras el triunfo de Morales en las elecciones del año 2005, la oposición retuvo la mayoría en el Senado y fuerte presencia en las prefecturas (especialmente en los cuatro departamentos de la Media Luna) y las alcaldías. Como observa Stefanoni: “de allí que el antagonismo pueblo=nación/oligarquía=anti-nación, propio del Nacionalismo Revolucionario, esté presente en el discurso del MAS, aunque el pueblo no sea ya una construcción mestizo-criolla como la imaginaron los teóricos del NR (Montenegro, Céspedes), sino originaria y anticolonial” (Stefanoni 2003, 64).

Esta la razón por la que el MAS haya convocado a sus electores a “votar por nosotros mismos” y haya recurrido a la bandera boliviana junto a la de los pueblos originarios. Evo Morales se mostraba como una figura ajena a los partidos políticos tradicionales y propia de los movimientos sociales, manteniendo un importante nexo con ellos. Para Stefanoni el intento de construir al pueblo como actor histórico a partir de una pluralidad de situaciones antagónicas se realiza a partir del liderazgo de Morales, quien representaría el momento de la universalidad.

En este punto habría distintas consideraciones sobre si se trata o no de un gobierno de movimientos sociales. Muchos autores sostienen que hay un repliegue considerable de la movilización, tendencias a la institucionalización del MAS-IPSP y fuerte centralidad de la toma de

decisión en el ejecutivo. Las organizaciones sociales también han manifestado su disconformidad con el privilegio de cuadros técnicos “independientes” para conformar las áreas de gobierno. Incluso algunos líderes fueron convocados a título individual y sin la consulta previa a sus bases. Asimismo, el presidente recibió acusaciones de estar rodeado de un “entorno blancoide” que lo aleja de las bases indígenas.

Sin duda la situación se ha modificado porque los movimientos sociales han dado un salto considerable al convertirse en gobierno. Ahora las demandas se encauzan desde el Estado y necesariamente habrá modificaciones en los tiempos y formas. El triunfo de la fórmula Morales-García Linera en las elecciones de diciembre 2009 parecería confirmar la actual hegemonía del MAS en el escenario político boliviano tras varios intentos de desestabilización por parte de los grupos opositores. Las organizaciones sociales afines al gobierno brindaron su fuerte apoyo con el anhelo de consolidar su participación en el parlamento y en las diversas dependencias del poder ejecutivo.

El resultado electoral a favor del MAS demuestra asimismo que los sectores de oposición no tienen una figura de presencia nacional ni un discurso articulador del conjunto del país capaz de trascender la región de la Media Luna. Todo esto permite sostener que el caso boliviano nos acerca a un tipo de configuración populista: el protagonismo de esta *plebs* que reclama ser *populus* representa la integración de los que no participaron en la fundación de la república, aquellos a los que se les ha negado la voz durante siglos.

### Palabras finales...

Las organizaciones de productores de coca, bases del instrumento político, construyeron fuertes lazos de solidaridad, desarrollaron repertorios de acción con permanencia en el tiempo, resignificaron la noción de territorio y la defensa de los recursos que en él se desarrollan. Se mostraron abiertamente como campesinos e indígenas, marcando el componente racial o étnico (ineludible en cualquier análisis social o político en Bolivia) que complejiza y profundiza las diferencias de clase. El instrumento político, de esta manera, emergió de reivindicaciones corporativas (ligadas a la defensa de la hoja de coca) hasta hacerse más

inclusivo y ganar capacidad para articular múltiples sujetos, demandas y antagonismos.

Los amplios porcentajes obtenidos por el MAS en el referendo revocatorio de agosto de 2008 y en las elecciones presidenciales de diciembre de 2009 confirmarían el apoyo de las organizaciones del campo popular a su gestión. No obstante, durante mi estadía de investigación en Bolivia pude percibir el descontento de algunas organizaciones sociales que sostienen que el instrumento político privilegia a los productores de coca, quienes ocuparían la vanguardia del proceso actual. La segunda gestión presidencial, con mayoría en ambas cámaras y la Nueva Constitución Política del Estado como sustento, se presenta como una oportunidad histórica para consolidar los cambios y abrir espacios para la participación genuina y constante de los movimientos sociales, más allá de sus ciclos de auge y recaída.

Vale rescatar la experiencia boliviana con sus aciertos y errores, ya que plantea una novedosa articulación entre lo político y lo social: “ni ‘cambiar el mundo sin tomar el poder’, ni ‘tomar el poder sin cambiar el mundo’” (Stefanoni 2006, 72).

### Bibliografía citada

- BARROS, Sebastián. 2006. “Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista”. *Revista Confines* (enero-mayo): 65-73.
- . 2002. *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.
- GARRETÓN, Manuel Antonio. 2003: “La transformación de la acción colectiva en América Latina”. *Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura* 110/1: 12-25.
- LACLAU, Ernesto. 2000. *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- . 2005a. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2005b. “Populism: what’s in a name?”. *Populism and the Mirror of Democracy*. Francisco Panizza, comp. Londres: Verso.

- . y Chantal Mouffe. 2004. *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MIRZA, Cristian Adel. 2006. *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- RAMÍREZ GALLEGOS, Franklin. 2006. "Mucho más que dos izquierdas". *Revista Nueva Sociedad* 205 (septiembre/octubre): 30-44.
- STEFANONI, Pablo. 2006. "De la calle al Palacio: los desafíos de la izquierda boliviana". *Entre Voces* 5 (enero): 69-72.
- . 2003. "MAS-IPSP: la emergencia del nacionalismo plebeyo". *OSAL. Observatorio Social de América Latina* IV/12: 57-68.
- VILLARROEL Nikitenko, Miguel. 2002. "La acción colectiva en Bolivia. Cambio y transformación de los conflictos sociales. 1970-1998". *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*. Levy Betina, comp. Buenos Aires: CLACSO.
- ZAVALETA MERCADO, René. 1983. *Las masas en noviembre*. La Paz: Editorial Juventud.



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 3.0 United States License.